



AMOR MATERNAL

EL MITO DE LA VOZ DE LA SANGRE

RECONOZCA que preguntarse a estas alturas si existe el amor maternal es un poco escandaloso. Ahora bien, es la pregunta principal que plantea el libro que usted acaba de publicar, "El amor además".

—No es el amor maternal el que yo pongo en duda. Muchas madres quieren a sus hijos. Me limito a decir que el hecho de hacer un hijo no implica una determinada actitud maternal.

—¿Se considera usted una buena madre?

—Me he interesado por la historia del amor maternal. Mi libro no es un "grito del corazón". No es la narración de una experiencia personal. Es el resultado de un trabajo largo y metódico, principalmente en el transcurso de un seminario en la Escuela Politécnica, que duró dos años. Y, además, ser una buena madre, ¿qué es? ¿Querer a los hijos o tener éxito en su educación?

—¿Tiene usted hijos?

—No me haga reír: entonces, si no hubiese sido madre, ¿no habría

Elisabeth Badinter, profesora de Filosofía y madre de tres hijos, acaba de ver publicado en Francia su libro *El amor además*, obra en la que estudia de manera objetiva —incluso implacable— uno de los tabúes más extendidos —y protegidos— hasta en nuestros tiempos iconoclastas: el instinto maternal, "la voz de la sangre", el amor incondicional de la madre hacia el hijo de sus entrañas.

Frederic Ferney mantiene con la autora una conversación apasionante que viene a ser un repaso histórico a cuatro siglos de amor e indiferencia en la relación maternofilial. La conclusión, en extremo rica de matices y contradicciones, es que este amor —el de la madre hacia el hijo— es un sentimiento difícilmente comparable con ninguno de los que alberga el alma humana.

tenido derecho a escribir este libro? Sí, tengo tres hijos. Los quiero mucho.

—Luego el amor maternal existe...

—Jamás he dicho lo contrario. Sería absurdo por mi parte. Lo que me niego a admitir es la idea del instinto. Cuando se miran de cerca las actitudes maternas desde la

Edad Media, por ejemplo, se da una cuenta de que han cambiado mucho. No se ha vivido el amor de la misma manera a través de los siglos, y todavía hoy, no es lo que se cree. La conclusión que saco es que no es inmutable, ni siquiera está profundamente inscrito en la naturaleza femenina.

—¿Se ríe usted de la "voz de la

sangre", tan querida por las cantantes realistas?

—¡Hay mil ejemplos que prueban que es un mito! Mire el caso de las mujeres que dan a luz en una maternidad y que todavía no han visto a su hijo. Le garantizo que puede usted llevarles cualquier recién nacido y ponérselo en los brazos. Ellas creen reconocerlo. Se apoderan de él, y con el tiempo, con la costumbre de los contactos, empezarán a quererlo. Con más o menos talento.

—Una madre que abandona a su hijo se considera todavía hoy como una aberración, como un escándalo.

—¡Justamente! No siempre ha sido así. Los historiadores han demostrado desde hace veinte años que ha habido una evolución en la historia de los sentimientos. El público de los historiadores, de los universitarios, no se deja sorprender.

—¿Y los otros?

—A algunas mujeres les choca. Es verdad. En compensación, la inmensa mayoría de las mujeres es-

AMOR MATERNAL

tán de acuerdo conmigo. A menudo se han hecho ellas mismas esa pregunta. Les parece muy aceptable. Hay un tercer público: los hombres. Prevenidos o no, se resisten en conjunto a la idea de que no haya instinto maternal. Se sienten afectados personalmente. Esto les obligaría a poner en duda el amor absoluto de su propia madre. Quizá tienen también miedo de su propia familia. "¿Y si mi mujer no tuviese fibra maternal?". Pocos se atreven a hacer frente a esa posibilidad. Se sienten amenazados. Prefieren creer que el amor es innato. Uno olvida que los factores y las conveniencias sociales pesan mucho. Hacen que la mujer tenga más o menos propensión a querer a su hijo, a ocuparse de él, aunque desde hace dos siglos todo está hecho para que lo haga.

—*Aunque el amor maternal esté condicionado por los imperativos sociales —lo que se llaman "valores dominantes"—, debe de tomar algo de la Naturaleza. La intimidad corporal entre la madre y su hijo crea, sin embargo, lazos muy fuertes...*

—Sí, es verdad. Es una condición formidable del cariño hacia el hijo y, posteriormente, del sacrificio de la madre. Una vez dicho esto, no creo que las mujeres que se han convertido en madres tengan dentro de ellas este impulso invencible que les llevará a consagrarse a ellos espontáneamente. Algunas mujeres sienten más placer que otras en la maternidad. La buena madre es una realidad, entre otras. No es un dato universal, natural, necesario, innato. ¿Y qué sé yo más? Hay que buscar del lado de la cultura.

—*¿De todos modos, no se puede reducir el amor a un aprendizaje?*

—No es suficiente, pero me niego a identificar a la mujer con la madre. Según su historia personal, sus deseos, sus frustraciones, la mujer tendrá más o menos ganas de ocuparse de su hijo. Tendrá más o menos facilidad, estará mejor o peor "dotada" para esto. Lo que cuenta es su historia individual.

—*¿Y la Historia con mayúscula? Si intentásemos trazar la curva del amor maternal desde hace cuatro siglos...*

—Obtendríamos una sinusoide con puntos fuertes antes del siglo XVII, en los siglos XIX y XX, y puntos débiles en los siglos XVII y XVIII. Probablemente habría que desviar la curva de nuevo hacia abajo a partir de los años sesenta para marcar cierto reflujó del sentimiento maternal clásico y la aparición de un nuevo trazado de amor: el del padre. De forma general, parecería que cuanto más gozase una sociedad de una vida cultural importante, más tendencia tendrían las mujeres a desinteresarse de su hijo. No es más que una hipótesis y me mantengo prudente. Por ejemplo, durante el rei-

nado de César, en plena expansión romana, se nota que las mujeres tienden a abandonar a sus hijos en el momento en que se desarrolla una vida social y cultural brillante. Es lo que ocurre en Francia en los siglos XVII y XVIII, durante los que se desprecia a la infancia hasta el punto de que se abandona a los niños al cuidado de nodrizas y mueren ante la indiferencia general.

—*¿Es el uso de nodrizas un fenómeno nuevo en esa época?*

—Ya se practicaba en las familias muy importantes: la primera oficina de nodrizas data del siglo XIV. Digamos que era una práctica aristocrática muy minoritaria. De forma general, las madres en el siglo XVI amamantan a sus hijos y viven con ellos en una proximidad carnal. De todas formas, la Iglesia reprocha a las madres la temura excesiva y condena la voluptuosidad

del amamantamiento. Luego estos lazos van a desaparecer por completo durante el siglo siguiente. En tres o cuatro generaciones, durante el primer tercio del siglo XVII, aparece una nueva costumbre, que persistirá hasta el siglo XIX: el cuidado de nodrizas. Esto se refiere, por supuesto, a los niños de las ciudades: en el campo, las mujeres continúan ocupándose de sus hijos.

—*¿Son, por lo tanto, las madres que tenían más tiempo libre las primeras que se desocupaban de sus hijos?*

—Sí, hay que comprender que el hecho de ser madres en los siglos XVII y XVIII no les aportaba ni respeto, ni gloria, ni ninguna atención especial. Como mucho, era normal. En el peor de los casos, es vulgar. Nadie se lo agradece. La función maternal no se valora en absoluto.

—*¿Se valora al padre?*



"No se habla nunca del contacto diario del padre con el hijo. A la madre es a la que se le pide siempre cuentas. Hoy, la mayoría de los padres son todavía tradicionales, es decir, relativamente ausentes".

—Al padre y al marido. La maldición del Génesis tiene un peso considerable sobre la imagen de la mujer. Está condenada a dar a luz con dolor y a obedecer a su marido: "La pasión te atraerá hacia tu marido y él te dominará". Ahí está el discurso fundador de la hegemonía masculina. Este amor es una orden que no implica ni cariño ni entendimiento físico.

—*¿Y qué pasa con los pobres, los campesinos, por ejemplo?*

—Es peor todavía. Edward Shorter (1) ha descrito esto muy bien: cita numerosos testimonios. ¡El mismo campesino que estaría dispuesto a cubrir de oro al que salvase a su vaca, dudaba a veces hasta el último extremo en llamar al médico a la cabecera de su esposa que estaba agonizando! También le extraña a uno la abundancia de gente que se vuelve a casar en toda Francia durante los siglos XVII y XVIII. En esta época, se contaba, según las regiones, con el cuarenta y cinco al noventa por ciento de viudos que se volvían a casar antes del año de haber enviudado. Si se compara con las cifras de mil novecientos cincuenta, es decir, el quince por ciento de bodas en segundas nupcias en las mismas condiciones, se mide el cambio radical de las mentalidades.

—*A pesar de las estadísticas, ¿no se enamoraba uno nunca?*

—Hubo amor, pero este sentimiento —cualquier importancia que se le haya podido dar, y toda la literatura clásica está ahí para probarlo— no tenía la importancia que se le concede hoy. No era un valor social o moral. Se negaban a construir sobre una base tan frágil. Se le asociaba a la idea de pasividad, de ablandamiento o, por el contrario, de desenfreno. En este clima es donde hay que volver a situar la antigua actitud maternal. La violencia y la severidad eran el lote que la esposa y el niño tenían en común.

—*Hoy se asocia de buena gana a la infancia con la gracia y con la inocencia. No es una novedad...*

—Pues sí, hizo falta una evolución lenta —Philippe Ariès (2) lo mostró— para que el "sentimiento de la infancia" profundizase en las mentalidades. La familia del siglo XVII, aunque es diferente de la de la Edad Media, no es todavía como la conocemos. No hay una verdadera intimidad entre padres e hijos. Primero, el niño es el Mal: un ser imperfecto, al que se abruma también con el pecado original. Es, pues, lo contrario de la inocencia. Hay que oír lo que decía el cardenal de Breuille: "El estado infantil es el estado más vil y más abyecto de la naturaleza humana después de la

(1) "Nacimiento de la familia moderna". Seuil, 1977.

(2) "El niño y la vida familiar bajo el antiguo régimen". Seuil, 1973.



"Si a una mujer que da a luz en una maternidad se le lleva cualquier recién nacido, ella cree reconocerlo y con el tiempo, con la costumbre de los contactos, empezará a quererlo".

clases menos favorecidas para aceptar este empleo de nodrizas?

—Parte de la población femenina, la más pobre, no tenía, por supuesto, elección. Algunas mujeres se veían obligadas a separarse de su hijo para poder trabajar. Dejar al niño con una nodriza era cuestión de supervivencia. No es por la actitud de estas mujeres, empujadas por la necesidad, de donde deduzco la ausencia de amor maternal. Para muchas de ellas, esto debió de ser una tragedia. Algunas, por ejemplo, abandonaban a su hijo en el hospicio con una nota, donde apuntaban el nombre del bebé y sus costumbres. Sin embargo, también había un número de pequeños burgueses, de maestros artesanos, de vendedores, que abandonaban tranquilamente a su hijo.

—En el siglo XVI los teólogos reprochan a las madres su dedicación excesiva, sus zelamerías; en el siglo XVIII se les reprocha todo lo contrario y se las acusa de dureza. ¿Qué pasó durante dos siglos?

—Esto puede parecer una paradoja. En efecto, es en el momento en que se desarrolla el "sentimiento de la infancia" cuando las mujeres dan un paso atrás con respecto a la maternidad. De hecho, esto sólo es contradictorio si se reduce la realidad femenina a la función de la maternidad. Pero, justamente, la mujer comienza a intentar definirse como mujer. Es el principio de un movimiento de emancipación femenina que se afirma en las ciudades, sobre todo en Francia y en Inglaterra. Las aristócratas fueron las primeras que practicaron el arte de vivir sin hijos. Hicieron alarde de una voluntad de potencia y de distinción. A fuerza de asociar a la mujer con una idea de sumisión, se olvida demasiado a menudo de decir esto: Las mujeres tienen también una voluntad de potencia. Sólo han esperado la ocasión de demostrarlo. Después, las parisienas, las más acomodadas, las burguesas se pusieron a imitarlas, buscando afirmar ellas también su independencia.

—¿La ciudad ha sido, pues, a la vez un factor de alienación y un factor de liberación?

—Para los más pobres era, sin duda, un factor de alienación. Merecía cien veces más la pena estar en el campo. Pero para los más favorecidos, la ciudad fue un lugar de liberación, de intercambios, de cultura. Vivir en una gran ciudad ofrecía la posibilidad de una vida social refinada y de una vida cultural sin precedentes. La galantería y el saber: es sucesivamente la actitud de las preciosas y de las mujeres cultas hasta mediados del siglo XVIII. Es fácil de imaginar que las privilegia-

muerte!". Se recomienda a los padres la frialdad y la insensibilidad. Hay que educar, es decir, enderezar lo que está torcido y mal formado. Con Descartes, la infancia se convierte en el sitio del "error". No sólo el niño está desprovisto de todo juicio, sino que se baña en el ambiente fétido de las opiniones falsas. Mama, dice Descartes, el prejuicio con la leche de su nodriza...

—¿Aberca, pues, el cuidado de las nodrizas a todas las esferas de la sociedad urbana en el siglo XVII?

—Desde los más pobres hasta los más ricos, en las grandes y en las pequeñas ciudades! El abandono de los niños en manos de nodrizas es un fenómeno generalizado. Atañe tanto a las familias de burgueses ricos como a las de tejedores de paño de Lyon. Las cifras son elocuentes, especialmente las que están consignadas en el informe del teniente general de Policía de París, señor Lenoir. En mil setecientos ochenta, hace sus cuentas, que resultan ser trágicas. De los veintinueve mil niños que nacen anualmente en París, menos de mil son alimentados por su madre, mil son amamantados por una nodriza a domicilio. Los diecinueve mil restantes son confiados a nodrizas lejos del techo materno.

—¿Cómo se escoge a una nodriza?

—Salvo raras excepciones, no importaba nada. A veces incluso se ponía al niño en manos de intermediarios, de las "recomendadoras", que se encontraban en los mercados, en las ferias, y se encargaban de colocar al niño. Por lo general, no sabían leer ni escribir, y después eran incapaces de transmitir a los padres del niño la dirección del bebé. ¡Nunca se habrían atrevido a

elegir a un criado o a un cocinero tan a la ligera! Como señala un moralista de la época, se marca al perro o al ganado, pero se entrega el hijo al primero que venga... Por lo general, se le bautizaba el mismo día de su nacimiento; se le obligaba a hacer un viaje, cualquiera que fuese el tiempo, a veces largo y penoso, en condiciones higiénicas horribles. ¡Hasta principios del siglo XVIII no hay una ley que obligue a los transportadores de niños a poner un toldo y paño a sus coches! ¡Pero a menudo los bebés se caían por las rendijas del suelo del coche y los aplastaban las ruedas!... Una vez llegado a su destino, el bebé debía de compartir el pecho de su nodriza con su hermano de leche. De hecho, le alimentaban a base de papillas inmundas, hechas con pan mascado macerado en vino y puré de castañas.

—¿Habla usted más como madre que como historiadora?

—No, no condeno a las nodrizas; los historiadores y los moralistas las han llenado de injurias. Trato de no juzgarlas. Eran pobres, difícilmente podríamos imaginar hoy lo pobres que eran. Sólo quedan testimonios abrumadores que han dejado los médicos del siglo XVIII. Cuando alguna vez, por casualidad, las nodrizas les llamaban a la cabecera de un niño enfermo, los encontraban en un estado lamentable, habiendo estado durante varios días con los mismos pañales, con el cuerpo ardiendo, llenos de granos, enfermos de disentería y de escorbuto. Lo más asombroso era el comportamiento de las madres, que durante tres o cuatro años no pedían ninguna noticia acerca de sus hijos. El índice de mortandad era espantoso.

—A menudo se invoca la fuerte

mortandad infantil para explicar el comportamiento de los padres. Cuando se sabía que un niño de cada dos moría antes de los cinco años, se podría pensar que su falta de sensibilidad era una manera de protegerse.

—Tendría muchas ganas de decir todo lo contrario. Es en parte el comportamiento de los padres el que explica la fuerte mortandad. De todas formas, los historiadores lo saben muy bien. Quizá les ha molestado llegar a la conclusión de que las madres tenían una total indiferencia. Quizá no se han atrevido porque eran hombres.

—A pesar de todo, ¿no ha habido padres que hayan sufrido por la muerte de sus hijos?

—Sin duda, pero la pena no era la reacción común. Hoy estamos profundamente convencidos de que la muerte de un hijo deja una marca indeleble en el corazón de la madre. Es una pérdida irreparable, aunque ella pueda tener otro. Entonces dominaba la mentalidad contraria. Como dice Lebrun (3). La muerte de un niño pequeño se vive como un accidente casi banal, que un nacimiento posterior reparará. Todo esto en la línea de la palabra de Montaigne: "¡Perdí dos o tres hijos al cuidado de una nodriza, no sin lamentarlo, pero sin enfadarme!". Cuando uno tenía pena, se escondía o sentía la necesidad de pedir excusas por ello. Sin duda era una ridiculez lamentarse por una criatura tan poco formada e imperfecta como un niño, igual que se reprocha hoy a la gente que llora por la muerte de su hamster.

—¿No habla una necesidad económica para algunas mujeres de las

[3] "La vida conyugal bajo el antiguo régimen". Armand Colin, 1975.

AMOR MATERNAL

das preferían dirigir sus salones a quedarse confinadas entre las tareas domésticas y maternas que no les reportaban ningún agradecimiento especial. En el campo, las condiciones de vida, incluso para las más favorecidas, les impedía esta clase de apertura hacia el mundo exterior.

—¿No tiene usted un poco de división de opiniones con respecto a esas privilegiadas? Las defiende, ve en ellas a las primeras feministas, y a la vez crítica su falta de sensibilidad para con sus hijos y su egoísmo.

—Hay que decir que las primeras batallas feministas se ganaron en detrimento de los niños. Digamos que se ven aparecer tres tipos de mujeres. Todas van a abandonar a sus hijos. Primero, las mundanas. Para éstas, ocuparse de los niños no es ni divertido ni elegante. El código por el que se rigen les prohíbe incluso que parezca que los quieren demasiado. Prefieren brillar en los salones. De hecho, han lanzado una moda, y las pequeñas burguesas, la mujer del comerciante o del juez local, se apresuran a copiar sus actitudes. Y, por supuesto, el primer signo de distinción: deshacerse de sus hijos. Al lado de éstas hay otra categoría de mujeres a las que les aburre la maternidad. Tienen el valor o la inconsciencia de confesar que los niños las cansan. ¡Se quejan de que la maternidad estropea su vida sexual, según el prejuicio de la época, que dice que el espermatozoide envenena la leche! Por fin, están las mujeres filósofas, las que quieren destacarse por su saber y cultura. Con demasiada frecuencia han obedecido al servilismo de un código. No las juzgo. ¿Por qué no eligieron el vivir por sí mismas? Esto, dicho en su época, les hubiera costado caro. Después de haber descrito su comportamiento, hay que abrir los registros de los enterramientos infantiles.

—¿Y las maridos? ¿Si Teresa abandonó a sus hijos fue por culpa de Rousseau?

—No es así de sencillo. A menudo los maridos han jugado un papel bastante negativo en este asunto. Pero no todos. Me rebelo completamente contra la interpretación corriente de algunas feministas, que dicen que los hombres son los únicos responsables del abandono del hijo. No todas las mujeres fueron sometidas como bestias a las que les hubieran exigido el sacrificio del amor maternal. Rousseau abandona a sus hijos contra la opinión de Teresa, pero Teresa se lo permite. Es más justo llegar a la conclusión de que es un acuerdo entre los padres. La práctica del abandono no está condenada por la ideología moral o social. Esto demuestra que si la madre no recibe ninguna presión de esta clase, actúa según su propia naturaleza, donde, como en todos

los humanos, el egoísmo tiene su parte, y no empujada por un instinto que le ordenaría sacrificarse.

—¿Cómo, en estas condiciones, el amor maternal se ha convertido en este valor mitológico exaltado durante todo el siglo XIX?

—No son razones humanitarias, sino razones de interés las que provocan el cambio de actitud. Primero hay una razón económica. En el último tercio del siglo XVIII se toma conciencia de la importancia de la población, sobre todo, a causa de los filósofos y de los economistas, que crean un nuevo mito: la falta de población. Aparece una nueva ciencia, la demografía, y con ella un concepto duro de la vida. Cuanto más poblado esté un Estado, más brazos habrá para utilizar la hoz en tiempo de paz y el fusil en tiempo de guerra. El niño adquiere también un valor como mercancía. Ya no se ve en él la carga que representa a corto plazo, sino la fuerza de producción que supone a largo plazo. Turgot crea la primera escuela de comadronas. Se crea una Escuela Veterinaria en Lyon, otra después en Alfort, y se fomenta la agricultura. Se alaba con el mismo ímpetu a la comadrona que al veterinario y al agricultor. Aparece una nueva visión del hombre en cuanto a la mano de obra: es el nacimiento de la ideología capitalista de la cantidad, del trabajo, de la producción. Por lo tanto, hay que hacer niños, el mayor número de niños posible y, sobre todo, no tienen que morir como moscas, ya que esto empobrece al Estado.

—No se entiende por qué las mujeres de finales de siglo XVIII habrían sido más sensibles a esta cantilena sobre el deber y el sacrificio de lo que lo son hoy a la natalidad fulminante de Michel Debré...

—Estas llamadas a la fecundidad, en efecto, no habrían sido escuchadas de ninguna manera si, al mismo tiempo, no hubiesen sido corroboradas por otro planteamiento mucho más exaltante y encantador que conmovía tanto a los hombres como a las mujeres: el de la igualdad y la felicidad. Es cierto que en el ámbito de la igualdad los filósofos se anticiparon con mucha diferencia acerca de la práctica cotidiana. También es verdad que militaron más a favor de la igualdad de los hombres entre sí que a favor de la igualdad entre los seres humanos: el hombre, la mujer, los niños. No se puede negar, sin embargo, que una corriente de libertad atraviesa la sociedad. Se suaviza la imagen del padre. Y, sobre todo, la felicidad se convierte en una "obsesión". Voltaire resume un poco la nueva actitud cuando dice: "La gran ocupación que debemos de tener, y la única, es la de vivir felices". Se llega a pensar que es en la familia donde mejor se siente, y esto modifica sensiblemente el comporta-

miento familiar. Ya no se asimila automáticamente a la mujer con la serpiente del Génesis. Se tiene la impresión de que, poco a poco, María ocupa el lugar de Eva. La curiosa, la ambiciosa, la perversa se transforma en una criatura modesta y razonable, cuyas ambiciones ya no sobrepasan los límites del hogar.

—¿Es el nacimiento de la familia moderna?

—Sí, en el sentido en que se vuelve más íntima, más sentimental. Se cierra sobre ella misma. En cualquier caso, es la imagen que dan de ella la literatura y la pintura de finales de siglo. Moreau, el Joven, Chardin, Vernet se complacen

res a cuidar de sus hijos. Por primera vez se dirigen directamente a ellas: las convierten en sus interlocutores privilegiados y se las eleva a la categoría de responsables de la nación. Todos estos señores les recuerdan insistentemente que en nombre de la Naturaleza deben amamantar a sus hijos. Pero la Naturaleza funciona a la vez como virtud y como norma. Se acusa de desnaturalizadas a las "malas madres", es decir, de ser a la vez malas y anormales, corrompidas y degeneradas. Se les pone, pues, como modelo a la mujer salvaje, a las hembras e incluso a las plantas. Se las amenaza: se les dice que la Natu-



representando interiores. Y, además, el comportamiento del marido con respecto a la mujer cambia. Se admite que el matrimonio pueda estar fundado sobre el amor recíproco. Es una idea radicalmente nueva. El matrimonio por amor está de moda.

—¿Y han bastado estas imágenes tiernas del amor conyugal para convencer a las madres de que sean ellas mismas las que críen a sus hijos?

—Es verdad que han jugado un papel en la evolución de las costumbres, pero la filosofía de la felicidad no conmovió más que a un público muy limitado. A algunas madres bastó que les tirasen de las orejas para ser esas madres admirables que se les pedía ser. Por esto, todos los intermediarios del Estado, los administradores, los sacerdotes y también los médicos van a ponerse a desplegar todos los argumentos posibles para incitar a las muje-

raleza se vengará y se les predice toda clase de males y de enfermedades si no les dan la leche. Primero se las suplica y, ante su resistencia, se las inculpa. A partir de mil ochocientos, el número de niños que se envían con las nodrizas emplea a declinar. La higiene mejora, el médico forma parte de las costumbres de la familia burguesa. Las ideas de Rousseau se abren camino. ¡Incluso fue el promotor del baño diario del recién nacido! Pero no se quedará ahí...

—¿Qué quiere usted decir?

—Rousseau proclamó el modelo de la mujer ideal. De una manera muy hábil, de la cual todavía hoy sufrimos las consecuencias. Hay en el "Emile", aislada y definida, una naturaleza femenina de tal manera, que implica necesariamente a la madre sacrificada y dedicada. En efecto, basta con definir a la mujer como pasiva, dulce, amante del sufrimiento, para tener al mismo tiem-



"Durante mucho tiempo se ha utilizado un supuesto instinto maternal para convertir el amor de las madres o los hijos en obligatorio, para que asumiesen sin quejarse todas las cargas".

oo el retrato de la buena madre. Para Rousseau, la mujer no es más que el complemento del hombre, una criatura de naturaleza débil y pasiva, cuya maternidad es el atributo esencial. Las analogías entre la madre y la monja, la casa y el convento, dicen mucho sobre su ideal femenino. ¡Un paso más, y tendrá derecho al título de santa! Se tendrá en cuenta la lección, y en el siglo XIX, los ideólogos aprovecharán la teoría de la madre dedicada de manera natural para aumentar más sus responsabilidades. Se le confiará la tarea de la educación: se convertirá en la guardiana del hogar, de la moral y de la religión. No es una casualidad que el siglo XIX honre a la Virgen María, creando la fiesta de la Asunción. ¡Se eleva la maternidad a una categoría mística!

—¿Cómo es que Rousseau ha gozado de tal posteridad en lugar de Montesquieu, por ejemplo, que denunció la desigualdad del hombre y la mujer?

—¡El más fiel lector del "Emile" será Napoleón! El artículo doscientos doce del Código Civil, que sanciona la autoridad marital —y cuya redacción debe mucho al Emperador—, repite casi palabra por palabra la definición de Rousseau: la mujer es débil y pasiva; por lo tanto, el hombre es el que mandará. Se confiará de nuevo toda la fuerza y la autoridad al marido, como en el Génesis. Durante todo el siglo XIX se santificará a la buena madre, se fustigarán a la madre indigna y se compadecerá o se rechazará a la madre sin hijos. De la responsabilidad a la culpabilidad sólo hay un paso, que se dará rápidamente con el psicoanálisis. En efecto, con ciento cincuenta años de diferencia, tanto

Rousseau como Freud dan una imagen singularmente parecida de una mujer toda dedicación y sacrificio.

—¿De todas las maneras, no hay una gran diferencia entre el discurso moralizador heredado de Rousseau y la concepción de Freud de la femineidad?

—No hay una diferencia rotunda. Freud remató las tesis de Rousseau. Hizo cargar a la madre con una última responsabilidad: el inconsciente y los deseos de su hijo. Difícilmente se puede "cargar" más a alguien...

—Freud nunca se colocó en un plano normativo o moral...

—Lo que me importa aquí no es tanto el mismo Freud como el discurso médico que hemos heredado de él. Habiendo demostrado la importancia de la primera infancia en la formación del inconsciente, los psicoanalistas han tomado la costumbre de preguntar directamente a la madre, de someterla a interrogatorio al menor problema psíquico del niño. Se quiera o no, el psicoanálisis ha hecho pensar que un niño "desgraciado" es hijo o hija de una mala madre. Incluso si el término "malo" no tiene de hecho una connotación moral explícita. Aparece como impropia para asumir su papel. Está enferma. A pesar suyo, el psicoanálisis ha aumentado la responsabilidad de la madre, sin conseguir anular los propósitos moralizadores del siglo anterior. Cuando un niño tiene dificultades, es a la madre a la que se le sugiere seguir una cura analítica. ¡Nunca al padre!

—Los continuadores de Freud, como Lacan, hablan mucho del padre...

—Se habla mucho del padre simbólico, del nombre del padre,

pero no tanto del padre de carne y hueso. No se habla nunca del contacto diario del padre con el hijo. Cuando se hace es para reafirmar la distinción de papeles y la imagen tradicional del hombre, poseedor de la palabra y de la ley y representante del mundo exterior. Interviene, pero mucho más tarde, en la evolución del niño. A la madre es a la que se le pide cuentas. Cuando se expresan por la radio o por la televisión, los psicoanalistas exponen muy generalmente conceptos muy tradicionales y a menudo normas de conducta. Por ejemplo, Winnicott, durante sus conferencias en la BBC. La madre sigue siendo la intermediaria necesaria entre el padre y el niño, si bien es ella la responsable —¡otra vez!— de que su marido sea un buen padre. Para Winnicott, lo único útil que se le puede exigir a un padre es "estar vivo y mantenerse vivo durante los primeros años de vida de sus hijos"... ¡No se puede decir que sea una exigencia exagerada! La madre sigue siendo la gran responsable.

—Sin embargo, parece que uno de los resultados del feminismo ha sido el nacimiento de una generación de padres...

—Es cierto, la imagen de la mujer ha terminado transformándose. Sin duda, porque las feministas han mostrado que se podía ser una mujer completa sin ser madre. Se han atrevido a decir todo lo que se callaba hace varios siglos: una mujer no está forzosamente "capacitada" para la maternidad. Hoy, a la vez que las mujeres mantienen sus distancias con respecto a su función de madre, aparece en los hombres jóvenes un desapego contrario. Parece —aunque todavía es demasiado pronto para afirmarlo— que el padre se identifica más con su mujer. Estudios recientes lo demuestran. El nuevo padre participa en el embarazo de su mujer, comparte las alegrías del nacimiento. A raíz de un reciente sondeo, el ochenta y uno por ciento de los padres confesaron haber participado íntimamente en el embarazo de su mujer (contra el ocho por ciento que se sintieron excluidos). La mitad de ellos sienten esta intimidad desde que se anuncia el embarazo, y uno de cada tres, cuando el bebé empieza a moverse. Por fin, el sesenta y dos por ciento de los padres jóvenes —entre dieciocho y treinta años— asisten al parto de su mujer y sienten que "participan" en el acto del nacimiento. Estas cifras son el testimonio de un cambio profundo en las actitudes masculinas. Igualmente, el cincuenta y cuatro por ciento de los padres afirman que pedirían la custodia de sus hijos de poca edad en caso de divorcio...

—¿Qué le parece a usted esta actitud?

—Si han asumido su parte en la crianza de los niños, su petición es natural. No lo es el sólo estar motivada por la agresividad respecto a su esposa. Hay que tener bien en

cuenta que hoy la mayoría de los padres son todavía tradicionales, es decir, relativamente ausentes. Cada caso es distinto. Una vez dicho esto, los magistrados deberían empezar a tener en cuenta a estos nuevos padres y a admitir, a su vez, que un hombre puede ocuparse de un niño igual que una mujer.

—¿No es esto, como pretenden los psicoanalistas, un riesgo de confusión para el niño?

—Es demasiado pronto para pronunciarse. Efectivamente, los psicoanalistas están unánimes en condenar la identificación de los papeles: el reparto de Edipo sigue siendo para ellos la piedra angular de la familia. Pero, ¿quién puede afirmar que el desorden engendrado por la confusión de papeles no dará origen a un nuevo orden más rico, menos apremiante? Me libraré mucho de contestar. Todo esto pertenece a la futurología.

—¿El instinto maternal es una gran broma que sirve para que las mujeres acepten este sucio trabajo?

—Durante mucho tiempo se ha utilizado un supuesto instinto maternal para convertir el amor en obligatorio. Se hizo creer a las mujeres que era natural que asumiesen sin quejarse todas las cargas. El instinto tuvo la función de camuflaje. La novedad es que hoy hay mujeres que se atreven a decir que no quieren hijos, que se puede tener éxito en la vida sin hijos.

—¿Es realmente un sentimiento como los demás?

—Sí, creo que sí. Que todas las mujeres hayan tenido en algún momento de su vida deseos de un hijo, también lo creo. Llevar un hijo en sus entrañas es una experiencia que tienta a las mujeres. Pero esto no basta. Una vez que se ha traído a un hijo al mundo, hay que cuidarlo durante quince o dieciocho años. Como sentimiento humano, el amor es una posibilidad. Es incierto, frágil, imperfecto. Se puede querer a los hijos, también se puede no quererlos. Se puede sentir placer sacrificándose por ellos, como igual puede no sentirse. También se puede preferir un hijo al otro. Es cruel y difícil de decir. Si el amor maternal es un sentimiento como los demás, no es sólo porque es contingente como todos los demás sentimientos, sino también porque puede variar de intensidad, alcanzar paroxismos o reducirse prácticamente a nada. Queda, a pesar de todo, aquello por lo que el amor maternal (o paternal) se distingue de otras clases de amor, porque se basa, sobre todo hoy, en que se puede escoger entre tener hijos o no, sobre un gran sentimiento de responsabilidad. El, o ella, que han escogido traer al mundo o, en el caso de niños adoptados, de hacer renacer el mundo, dependen totalmente de este amor que han reforzado, o incluso que puede que lo hayan creado. ■ **Declaraciones recogidas por FREDERIC FERNEY. © "N. Observateur" y TRIUNFO.**